casi crímenes; sin embargo, es seguro que una sola palabra bastó para desarmar al Señor, con sólo decirle:

— Me encargastes al delfín, y te he devuelto á Luis XV.

Y todo se lo perdonaría Dios.

Por otra parte, el duque de Orleáns, á pesar de todos sus vicios, tuvo un corazón grande y noble, y olvidando la historia, los desórdenes del padre, las orgías del príncipe, y las flaquezas del hombre, le presentará velando con el brazo extentido sobre la cuna del que le imputaron que quiso envenenar.

Más tarde veremos lo que fué de aquel niño, á quien la voz del pueblo aclamó por el *Bien-Amado*.

FIN.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

LA PESCA CON REDES

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

CAPÍTULO I

La cita nocturna

La noche del 25 de julio de 1414 fué una de las más calurosas del mes, y la cual, en el año que anunciamos, excedió á todos los grados de temperatura que pueden soportarse. Á proporción que la noche iba avanzando iba apoderándose de los habitantes de Nápoles (lugar donde colocamos nuestra historia), un irresistible entorpecimiento. Un resplandor blanquecino iluminaba imperceptiblemente los objetos, y el único ruido animado que se oía en aquel silencio universal, era la monótona campana de Pizza-Falcone, que daba la hora.

No obstante, á pesar de la postración general, un hombre velaba. El odio y la ambición le habían arrancado de sus miembros la fatiga, el sueño de sus párpados y el reposo de su corazón. De pie é inmóvil detrás de la ventana de una casita de Chiatamone, extendía sus penetrantes miradas hacia la parte de Caprea.

De repente se despejó su frente; sus cejas se dilataron, y una sonrisa de satisfacción se asomó á sus

contraídos labios; porque había divisado á lo lejos, allá en lo profundo del golfo, una luz que en el instante había vuelto á desaparecer. Sin duda era una señal convenida, porque en el momento el joven se estremeció, colgó su estoque de tres filos á su cintura, cogió una tea, embozóse en una capa negra y se dirigió al muelle de Santa Lucía.

Las doce daban en el reloj de palacio. El farol nocturno que el desconocido esperaba, volvió á aparecer á más corta distancia y desapareció de nuevo. Infortunadamente, nuestro joven desconocido no encontró ni un bote, ni una lancha amarrada á la orilla. Los pescadores y marineros, ahuyentados por el calor, habían ido á buscar en las grutas ó detrás de los escollos un abrigo y un poco de fresco.

El joven recorría afanado la ribera, y ya desesperaba de terminar su cita nocturna, cuando entre dos barcos que estaban carenándose, descubrió una barca encallada en la arena, y en el fondo de ella un barquero como de diez y ocho á veinte años, que dormía tranquilamente.

Ya era tiempo; el barco de las señas luminosas había llegado al medio del golfo, y por tercera vez había hecho sus signos. El joven desconocido corrió entonces á la barca, saltó á ella y sacudió con violencia por un brazo al dormido marinero.

—Excelencia, murmuró maquinalmente el dormido pescador... Ya estoy pronto.

Y después de dos ó tres movimientos infructuosos para abrir los ojos y sostenerse, abrumado por su soñolencia, volvió á caer en el fondo de la barquilla.

— Levántate, hombre. No hay que perder tiempo; echa el remo al agua y boguemos.

— Perfectamente, señor, dijo el pescador, que

empezaba ya á despertarse y á fijar sus miradas sobre el hombre que no le parecía ya digno del tratamiento de excelencia; habláis á las mil maravillas; pero antes de haberme despertado con ese modo tan poco ceremonioso, que digamos, debierais haber averiguado, si es que yo quería trabajar en una noche como esta en que las ánimas benditas, que sin duda sabrán lo que son calores, ni aun se atreverían á dejar el Purgatorio, por un minuto.

— ¡ Voto al diablo ! contestó el desconocido, dando una patada en el fondo de la barca; ¿ no estás aquí, gran tunante, para servir al público ?

— Durante el día quizá; pero por la noche soy libre. Así pues, si no tienes más que decirme, añadió el pescador pasando sin mucha ceremonia desde la excelencia al más sencillo tuteo, vete con mil demonios y déjame dormir en paz.

— Vamos, oye, continuó el desconocido, deseoso de obtener la barca á toda costa; vamos, hazme este corto favor y te lo remuneraré grandemente.

— Entonces ya eso es otra cosa, y...

— Vamos á ver si acabas.

— Poco á poco, señor mío ¿ Vamos á ir muy lejos ?

— Dos millas lo más.

— Dos millas de ida y dos de vuelta, son cuatro... entonces quiero dos onzas.

— Ahí tienes cuatro, respondió el incógnito, tirándole con desprecio su bolsillo.

— ¡ Ah ! perdone, su excelencia, contestó el pescador, avergonzado y lleno de asombro al querer reconocer al personaje que estaba en su barquilla ¡ Ah ! sin duda estaba dormido. Tomad vuestra bolsa; ¡ qué diablos! yo no soy judío y debo salvar mi alma. Una piastra es suficiente. Verdad que por la noche no hay

tarifa; pero, con todo, yo no soy carero, y aun menos llevaría si no tuviera que mantener á mi pobre padre y á mi hermano menor... un holgazán, un perezoso del que no podéis formaros una idea... todo cuanto poseo... cuanto tengo es para ellos.

Empero el desconocido no le escuchaba. Cuando se vió á muy corta distancia del sitio á donde quería llegar, sacó su eslabón y su piedra, y encendió la tea que llevaba en la mano, agitándola sobre su cabeza. Al punto, en la otra barca apareció un segundo fanal, é impelida por vigorosos remeros, salvó la distancia que separaba á los dos misteriosos personajes. Entonces apercibióse en la popa del barco que venía de Caprea, un anciano como de sesenta años, de barba y cabellos blancos, algo corcovado y cubierto con un ancho ropón.

— Apaga esa antorcha, dijo el anciano con voz baja; toda precaución es poca.

— Quisiera examinar bien tus facciones y conocer con quién voy á entenderme.

— Y ¿ para qué, si no me conoces? Apaga tu luz, dame la señal, ó me vuelvo como he venido.

— Muy cierto, dijo el joven, arrojando al mar su tea. Escucha la consigna, astrólogo: *Aut Cæsar, aut nihil.*

— *Bis maledetto atque condenetto.*

Y el anciano saltó á la barca con una ligereza increible, haciendo señas á sus dos marineros para que se retiraran, y no volvieran hasta que él les hiciera una señal.

Cuando la barca del anciano se halló á alguna distancia, hizo un gesto significativo para indicar la presencia del barquero.

— Puedes hablar con seguridad, dijo á media voz

el joven; yo salgo garante de su silencio. Dí, ¿ qué noticias me traes de nuestro conquistador?

— Monseñor, murmuró el anciano, con voz lenta y lúgubre, desde que el enviado de vuestra excelencia vino á ponerme á vuestras órdenes, no he cesado de observar los astros y...

— Yo no te quiero para que observes las estrellas, sino los pasos del rey.

— Pero, monseñor, yo soy Galvano Pedicini, el astrólogo.

— Y yo te pago como espía y como envenenador.

— Poco á poco, en cuanto á ese segundo punto creo que aun no estamos al corriente.

— Pero eso se infería, y por lo mismo vengo yo á hablarte en persona.

— Entonces, monseñor, soy todo vuestro.

— Di, ¿ qué te han dicho las constelaciones?

— Señor, que Ladislao ha tomado ya, no solamente á Bolonia...

— Sino á Siena también.

— ¡ Cómo! ¿ lo sabéis?

— Ya veo que mis correos andan más listos que tus estrellas.

— No es posible.., no podéis saberlo.

— Si lo dudas, y no temes que el demonio, tu amigo, te riña, vé mañana á la iglesia de Nuestra-Señora del Carmen, y me verás con la regente y toda la corte dando gracias á Dios por el triunfo que ha concedido á su majestad herética, tres veces excomulgado... Ya ves que tus noticias andan atrasadas.

— Monseñor, más atrasadas andan vuestras pagas.

— Sí, pero yo, dijo el joven, vengo á reparar mi descuido.

Y le enseñó una bolsa llena de oro.

— Espero que su excelencia perdonará también el mío; pues aunque parece que se halla muy informado de los progresos del rey Ladislao, quizá no tenga un conocimiento tan exacto de sus intenciones.

— Veamos.

— El rey piensa abandonar sus victorias, y retirarse á Nápoles con sus laureles.

— Eso ya me lo figuraba.

— Pero no se figurará su excelencia que el rey vá á gobernar por sí mismo su reino, á mandar á una reclusión á su hermana Juana Duras, que es hoy reina regente.

— Eso lo presumía.

— Pero no se presumirá su excelencia que uno de los primeros actos del rey será mandar ahorcar á monseñor Pandolfello.

— Lo tengo por muy probable; más procuraré evitarlo.

— Y ¿cómo, señor excelentísimo?

— Escucha. Tú, como astrólogo del rey, te está permitido el que veles á su lado de día y de noche... pues bien, ¿cuanto quieres por encargarte del rey Ladislao y despacharlo cuanto antes?

— No pido más, señor, que desempeñar cerca de vuestra majestad, cuando haya podido sentarse al lado de Juana, en el trono de Nápoles, el mismo empleo que desempeña ahora su excelencia cerca de Ladislao.

— Convenido.

Y tendió su bolsa llena de oro al astrólogo.

El anciano alargó su descarnada mano, tomó la bolsa que le presentaban y después de dar un silbido á sus dos marineros, se despidió de su interlocutor.

— Adiós, Galvano, le dijo el joven.

— Adiós, Pandolfello, contestóle el mágico.

El joven se volvió de repente hacia aquel magnífico anfiteatro de casas, jardines, villas é iglesias que se extienden desde Pórtici al Pausilipo, y abrazándolo con una ambiciosa mirada, murmuró:

Para mí Nápoles, para mí la reina, para mí todo.

Después, acordándose de que existía un hombre demás entre los mortales, dió un golpecito en la espalda del barquero, que en el fondo del esquife casi olvidara, y el cual se hallaba, al parecer, sumido en el más profundo sueño.

— ¡Hola! ya has dormido demasiado, muchacho; gritó el joven favorito, con siniestro acento. Toma tus remos y volvamos al puerto.

Ni un solo instante había cerrado los ojos el pescador; pero en el tono con que su nocturno pasajero había pronunciado aquellas palabras, comprendió que ya no le quedaba esperanza alguna de salvación. Aun cuando hizo todo lo posible para que las palabras de la siniestra conversación no hiriesen sus oídos, desde el momento en que su adversa fortuna lo escogiera para ser testigo de un secreto de muerte, se creyó perdido. Así es, que no se engañó ni un solo momento por la hipócrita dulzura de su compañero; volvió pues á coger tristemente los remos, dirigiendo sus miradas al vasto golfo, á ver si descubría alguna barca, alguna luz, ó algún eco lejano; empero nada, todo estaba silencioso y solitario; esperaba un momento favorable para arrojarse de improviso sobre aquel hombre é intentar una resistencia desesperada, ó bien para arrojarse al mar y salvarse á nado. Mas el favorito lo estrechaba muy de cerca, y veía brillar en su mano un largo estoque, que le hubiera atravesado el corazón al menor movimiento.

El pescador dirigió una súplica mental y suprema,

y continuó remando; y al ver que ya se iban aproximando á la playa, presentó su pecho á su compañero de viaje y le dijo con reposada voz:

— Sé, monseñor, la recompensa que me espera por haberos llevado á vuestra cita; solo y desarmado, ni puedo defenderme ni resistir; he hecho lo posible por no ver ni oir nada, pero demasiado lo he comprendido todo; pues bien, señor, os juro por la sagrada memoria de mi infeliz madre, por Dios y por todos los santos, que nunca desgarraré el misterio de esta noche, y que de mis labios no se escapará una palabra que pueda comprometeros, aunque me dieran tormento, pues no temo la muerte; mas os pido me perdonéis, no por mí, sino por mi pobre padre de quien soy el único apoyo. Mi padre es un veterano mutilado, que ha perdido ya dos hijos en servicio de su patria, y que ya no puede ganar su sustento. Hacedlo así, monseñor, y Dios tendrá piedad de vos en este mundo y en el otro. Además latirá un corazón que rogará por vos noche y día... Escuchad la voz del inocente y fiaos en la palabra del pobre barquero.

— ¿ Quién es tu padre ?

— Giordano Lancia ; ¿ lo habéis oído nombrar ?

— ¡ Lancia !!! exclamó con furor el joven; sí, lo conozco... dos veces me ha salvado la vida...

— ¡ Ah ! ¿ tú eres Pandolfello ?

— El mismo.

— ¡ Oh ! Dios mío, ¡ amparadme !

Y aun no había concluído su súplica, cuando Pandolfello atravesó con su estoque el corazón del joven.

Después dejándolo caer al mar, dirigió con rapidez la barquilla al sitio solitario de donde había partido, saltó en tierra, y desapareció por una de las bococalles que daban al muelle.

CAPÍTULO II

Giordano Lancia

Las doce de la mañana acababan de dar en la iglesia de la Coronación, y en el mismo instante, y como para atestiguar la exactitud del antiguo reloj gótico, se oyó de repente un universal y atronador repique.

Después de una noche como la que acabamos de describir, puede imaginarse que el día que le sucediera fué de un calor intolerable. No obstante, en los barrios situados á orillas del mar, era menos sofocante ; una brisa casi imperceptible refrescaba los pulmones de aquellos hombres habituados á una temperatura, que pudiéramos llamar propiamente infernal.

Las más delgada sombra proyectada por cualquier columna ó por cualquier cornisa, se veía adornada con un improvisado abanico de ramas verdes y flores que convidaba con su grato y oloroso frescor.

Además, se habían adoptado todas las precauciones de costumbre para preservar á la ciudad del excesivo calor que hacía. Todas las calles que comunicaban con el Real Palacio y la iglesia del Carmen, se hallaban entoldadas ; flores y arbustos se veían arrojados por el suelo y una multitud de fuentes improvisadas se hallaban esparcidas por la carrera, las que servían para refrescar la atmósfera y el suelo á un mismo tiempo.